

## Literatura comprometida y testimonio literario

Desde tiempos inmemoriales —o más exactamente, desde el mismo comienzo del quehacer literario de la humanidad— se han enfrentado en actitud beligerante dos concepciones de la actitud que debe adoptar el creador frente al hecho consumado o a consumir de su obra. Literatura lúdica y literatura comprometida embanderan a los escritores dándoles divisas irreductibles; y ellos, fieles a la concepción de Dostoyewski, se encasillan en esquemas de lúcida fertilidad.

Que la literatura es un ejercicio lúdico, es tesis fácilmente demostrable, en especial si nos detenemos a observar aunque sea por encima las alternativas de la historia literaria de cualquier latitud. ¿Quién ha de dudar, por ejemplo, que las expresiones mitológicas sean a la vez expresiones literarias? No puede ponerse en tela de juicio que en su oportunidad la mitología vino a resolver los mismos problemas apremiantes de estética que se plantean continuamente a la humanidad, si consideramos a la estética no sólo como una aprehensión posible, sino más que eso, como un funcionalismo vital del que no es lícito apartarse.

Planeadas así las cosas, cabe preguntarse: ¿de dónde, entonces, aparece la tesis de la *literatura comprometida*? La literatura comprometida es, ante todo, una actitud, una creación, un esfuerzo del hombre. Es la actitud, la creación, el esfuerzo que lleva a ponerse junto a determinada tesitura —ya sea esta política, social, filosófica o nuevamente literaria—, es decir, que es una deliberada adecuación que se torna literaria por razones muchas veces extraliterarias. Es oportuno a esta altura recalcar que tal proceder es muchas veces saludable, porque reanima el libre curso literario con sugerencias o intereses que de otra manera ha-

brian quedado sepultados en el olvido. Claro que desde la finura de su talento paradójico encontramos a Oscar Wilde listo a replicarnos que toda su creación pura debe estar lo más desprovista posible de elementos concretos aunque sean sólo tangenciales. Y es cierto también que desde un punto de vista absoluto, el poeta de la cárcel de Reading tiene razón.

Pero hay algo a lo que queríamos referirnos y que motiva el título de estas líneas. En algún trabajo nuestro (Cfr., entre otros, "Contorno del Escritor", "El Mundo", 2 de octubre de 1956) hemos sostenido que las creaciones del escritor se incorporan lentamente al medio en que vive, pero que este medio a su vez le suministra los elementos de su arte.

Así considerado el mecanismo literario, convendremos en que la labor del escritor se torna en un continuo testimonio. Por algún resquicio que queda entre ese constante intercambio ambiente-individuo que caracteriza a la creación literaria se filtra la raíz de lo social, de lo político, de lo filosófico o de lo nuevamente literario a que nos referíamos más arriba.

Cuando la literatura es auténtica —y este es el caso de todas las obras que en su momento y a su modo han llenado una función importante, desde la Biblia, hasta la *Guía de Teléfonos*, pasando por la *Odisea*, *Os Luisiadas* y hasta, con horror lo confieso, algún libro de versos de esos que circulan en ediciones de quinientos ejemplares— cuando una obra es auténtica, decíamos, es imposible que en su tesitura no figure de uno u otro modo ese testimonio tempoespacial que determina la función del escritor.

Hagamos entonces esta saludable discriminación entre *Literatura Comprometida* y *Testimonio Literario*. Sirva la misma para

dar respuesta implícita a los que pretenden, por un lado, que la literatura esté al servicio de determinada posición en la más amplia vocación posible del concepto y por otro a que sea un ejercicio de pura extemporaneidad esa *lengua aparte, de los dioses* que con tanta razón fustigara y azotara Benedetto Croce.

Ninguna de estas posturas extremas conviene al preconcepto de lo que ha de determinar la labor del escritor. Cuando ésta se cumple con esa fidelidad interpretativa que debe caracterizar a todo quehacer artístico

se torna a la postre en testimonio y ofrece la posibilidad de recoger en su seno algo del compromiso con envoltura lúdica.

Seamos mesurados en tal sentido. Alguna vez subrayé en un libro de Manuel Gálvez estas o parecidas palabras que me siguen pareciendo subrayables: "*La imparcialidad no consiste en no tomar posición, sino en no tener posición tomada.*" Sirva pues la advertencia de epílogo a estas líneas y en cuanto a sayos, que cada cual use el que mejor le acomode.

ALBERTO BLASI BRAMBILLA

## FACULTAD DE FILOSOFIA DEL SALVADOR

CALLAO 542

BUENOS AIRES

ARGENTINA

JORNADAS BONAERENSES

de

# Metafísica

*organizadas por la*

*FACULTAD DE FILOSOFIA DEL SALVADOR*

TEMA CENTRAL:

# Persona y Ser

Buenos Aires: 24, 25 y 26 de Octubre de 1957